

1

El regreso del aventurero del sur

Tercera Era de Continenthar. Año 538

Bredamor desapareció. Allí se asomó con un ejército emergido de la nada y engulló al general Arskas. La fuerza quedó diezmada, y los sharkus, desmembrados. Una unión que parecía estable se había resbalado de las manos de Eceron y se esfumó por un instante de la historia de el Continente; algo había acabado con éxito. La Región de los Colmillos se hundió en la debilidad tan absoluta que, por el momento, no representó un peligro inminente para los continentales. Como resultado, los sharkus comprendieron que hasta la fuerza de su dueño se debilitaba cuando se oponía a una superior. Eceron no quiso remover la Región de los Colmillos y pensó que más adelante necesitaría un empeño mayor, pero no allí, sino en otro lugar y en otras circunstancias.

Con la muerte del rey Sandor, terminó el nombramiento de su reinado y, a partir del año 538 con la coronación de Thorvald, comenzó a denominarse Reino de Thorvald. La línea cronológica del Reino a Gobernar se abría hacia una nueva dinastía. La historia prosiguió; la noticia del fallecimiento no fue motivo de lamentos ni tampoco levantó un manto de intranquilidad, sino de pasividad y de indiferencia abismal. La población no admiraba ni apreciaba a Sandor, así que, tras un reinado tormentoso y habiendo alcanzado una edad¹ más que avanzada, llegó el tiempo de nuevos aires y renovaciones. El futuro

¹ Sandor había alcanzado la edad máxima que una persona podría soportar.

gobernador se haría llamar Thorvald. Con el fin de frenar la mancha oscura del norte, no solo se perdieron vidas incontables, sino también la del monarca fundador. La reina consumió sus últimos años junto a Thorvald, tal y como ambos deseaban. Quizás el hecho de que Asha hubiera viajado a Eurora no habría solucionado en absoluto las cosas, y decidió quedarse al lado de su hijo hasta que su cuerpo no resistió.

Por otro lado, los reyes de Eurora entendieron el acto de la reina como un gesto de grandioso amor de madre y no se le dio más importancia. Thorvald fue instruido en el arte de la lucha, la sabiduría y la sensatez a manos de su madre y de sus caballeros más cercanos. Nada tenía que ver la instrucción que hubiera recibido a través de Sandor, por lo que aprendió muy atentamente las funciones de un monarca. Después de la tentativa de Eceron de capitular Eurora, El Continente entró en un periodo de larga y próspera paz, pero nunca sin bajar la guardia porque nadie sabía lo que podría suceder si la dejadez ahondaba.

Volviendo a la situación de Thorvald y Asha, la reina advirtió a su hijo de que estaba enferma y este la acompañó hasta el último instante, recordando todos los detalles de su existencia y añorando los momentos que ya no volverían. Le sostuvo las manos, llorando ante una vida que se desvanecía lentamente.

La venida de Bredamor tras sus andadas en la región de los sharkus llenó a la reina de una tremenda fortaleza; sin embargo, no bastaría para salvarla. Thorvald se fortaleció ante el ejemplo de su madre, única e intachable. El gran suceso que aconteció en el castillo a manos de Bredamor fue recordado por todos y por quienes lo vivieron como un acto de heroísmo nunca visto o como una medida impuesta por Sandor, ya liquidada. Cada uno tenía su visión de los hechos, pero Bredamor se ganó con una notable diferencia un título que podría serle arrebatado arduamente. La Región a Gobernar se distanció de nuevo un poco más de Eurora, no por actitudes beligerantes ni apatías, sino porque Thorvald, ante la muerte de su madre, se cerró por

un tiempo al diálogo con cualquier reino y quedó cegado por la soledad y la pena. Tenguener y Reima admiraban la figura de Thorvald más que la de Sandor, y tenían fe en que el joven monarca lograra establecer vínculos más estables con la capital; paulatinamente, las cosas se verían.

Tras una solemne despedida, Bredamor se hizo con el tesoro de los sharkus: el Aliento de Kaothee. Lo guardó con celo y tesón; ya se había convertido en un gran caballero, pero también se dio cuenta de lo mucho que había arriesgado.

La llegada a Gou Bur sucedió poco después de la media tarde, todavía sobrevivían unos tímidos rayos de sol para alumbrar el acontecimiento. Los primeros que contemplaron al gou bureño fueron los vigilantes de las puertas de la ciudad; inmediatamente reconocieron que el que se aproximaba era Bredamor, no cabía la menor duda. Venía rígido, como un jinete en posición de defensa, con sus manos bien sujetas a las bridas y una sonrisa que dejaba entrever la inmensa felicidad que recorría el interior del aventurero. El caballo mantenía bien oculto el Aliento de Kaothee.

Los vigilantes querían respetar la sobriedad del momento, pero no pudieron y gritaron a todos con ansia que Bredamor llegaba por las puertas principales de Gou Bur. En décimas de segundo, las palabras martillearon los cuatro puntos cardinales de la ciudad y todos como lebreles salieron al encuentro del victorioso de Gou Bur. Ante tal apresurada multitud, Bredamor tuvo que aligerar su caballo y arribar al hogar cuanto antes, ya que no había modo de avanzar, sino era a empentones. Todos querían abrazarlo, tocarlo y darle la enhorabuena. Así se convirtió en el primero que removió el gentío de Gou Bur, llegaban cambios que muy pronto se empezaban a palpar por doquier. Bredamor zanjó de inmediato sus preocupaciones pasadas, fue olvidando los asuntos reales y abordó otros temas más humanos y razonables; como, por ejemplo, relacionarse con la gente del puerto y vivir de manera sencilla y cómoda, algo

que, según sus padres, debería haber ocurrido desde un principio.

Habiendo adquirido un singular interés por las filigranas geométricas y las impresiones en el hierro de Kaothee, Bredamor sintió la necesidad de especializarse en el oficio del herrero y desarrolló una intensa dedicación en las manufacturas del quehacer. En Gou Bur, uno se podía ganar la vida de marinero, herrero, carpintero y sastre, además de otros oficios del campo. Pero los más demandados eran los relacionados con la herrería y la pesca. Bredamor eligió el suyo por interés y vocación y tuvo suerte, ya que su progenitor conocía a un prestigioso herrero de la ciudad y no dudó en presentarlo a Solmentor, el responsable de la herrería De Sol a Mar; «Sol», por Solmentor, y «Mar», por Malina, su mujer.

El desarrollo de la Tercera Era discurría entre preocupaciones y advenimientos angustiosos. Mientras no se borrara la estrella capitulada en el norte, nadie respiraría tranquilo ni menos se atrevería a bajar la guardia en ningún momento. Siempre quedan desechos de un pasado y los vamos empujando lentamente en el transcurso de nuestra vida; cuando creemos que nuestras decisiones no acarrearán pormenores, en realidad, estamos equivocados. Cada paso que se da conlleva un cambio a corto o largo plazo. Bredamor se ubicaba en esa fase de tránsito aparente, la vida podría estar a punto de cambiar en cualquier instante para el joven habitante de Gou Bur.

Tras la brillante, aunque agotadora llegada de Bredamor a Gou Bur, todavía restaba algo por hacer: revelar a todos el Aliento de Kaothee y dejar a más de alguno con la boca abierta y la mente extasiada en la fundición de acero. Todo sucedió muy rápido y Kaothee quedó relegada a un segundo plano, protegida en el hogar de la mirada de los curiosos. Aunque ya habían transcurrido años de aquello, era imposible olvidar el viaje a la región de los sharkus; Bredamor también recordó las primeras

pinceladas de su precipitado y severo entrenamiento como caballero: desde el propio ensimismamiento que Sandor presentaba hacia Bredamor hasta sus instrucciones más precisas, pasando por clases instruidas por los caballeros y jinetes de Dhar. Todo con el fin de que Bredamor aprendiera lo más básico en el menor tiempo posible. Curiosamente, el goureño no desaprovechó su estancia en el castillo y quiso adquirir todo tipo de destrezas y conocimientos, que iban desde los movimientos precisos de espada hasta los lanzamientos de arco contra los muñecos de paja. En las dependencias no faltaba de nada y Bredamor, en más de una ocasión, no desistía de aprender el nombre de cada pequeña arma que contenían las inmensas panoplias. Quizás, en el fondo, le hubiera gustado seguir hasta el final y demostrarse a sí mismo que era capaz de defender El Continente de cualquier mano enemiga. Algunos pensamientos confusos invadían su mente, pero, ante todo, quería sentir que su vida en Gou Bur resultaba la mejor y debía aprovecharla. Estaba vivo, debía también olvidar. Con el tiempo, la herida en su muslo izquierdo también fue sanando poco a poco. Y, en definitiva, las secuelas de la guerra se disiparon.

Eliese estaba encantada de que, por fin, después de tanto tiempo, Bredamor pudiera trabajar y llevar una vida normal, alejada de cualquier menester del castillo. El trabajo en sí era duro, pero al mismo tiempo gratificante. En algunas ocasiones, le agradaba transmitir a Solmentor y, otras veces, cuando se encontraba allí, a Malina los capítulos del viaje a la región de los sharkus. Lo cierto era que esa historia dejaba con la miel en los labios a más de uno. Tras todo aquello, Bredamor de ningún modo olvidaría sus pasos hacia el este y lo que trajo de allí: la recóndita espada de Eceron. A veces, el hecho de pensar que estuvo en manos del elfo oscuro lo estremecía y, en alguna ocasión, deseaba destruir al precio que fuera la fundición del mal.

Las primeras sesiones se basaron en enseñanzas básicas a la hora de forjar y diseñar un elemento con hierro. Luego, llegaron clases prácticas con aleaciones, encajes, relieves y grabados; pero, entre todas las especialidades que se podrían aprender, Bredamor reconoció que su pasión por el oficio venía a su vez por su aversión a Kaothee. El Aliento de Kaothee era un espadón considerable, no alcanzaría más de metro y medio. La empuñadura contenía una calavera alargada y metálica de algún ser con mandíbula prolongada. Por las deducciones de Bredamor, todo indicaba que se trataba de la imagen viva de un sharku, aunque en realidad era el cráneo de un carnero. En las cavidades de los ojos, relucían piedras preciosas. La empuñadura resultaba más pesada que el filo. Lo más interesante se hallaba en la superficie del hierro: grabados con una terminología extraña. Proviendo de Eceron, debía de tratarse de lenguaje osdarisk². Se situaban simétricamente a ambos lados de la acanaladura y definían lo que parecían dos frases. Bredamor no supo lo que significaban, pero tampoco le preocupó demasiado. Supuso que podrían ser invocaciones, halagos o amenazas disfrazadas con metáforas de un lenguaje oscuro.

En la herrería De Sol a Mar, muchas veces hacía acto de presencia Maira, la hija de los dueños. Se presentaba como una muchacha atenta y con los cinco sentidos puestos en el negocio de su padre. Además de tener un corazón grande y bondadoso, era sencilla, honesta y trabajadora. Solamente se limitaba a saludar a Bredamor y quizás, con suerte, le llegaba a preguntar algo, pero entre ambos solo surgían respuestas a base de simples monosílabos o frases muy escuetas. La forma de actuar de Bredamor cuando la veía resultaba curiosa, pues de costumbre no solía elevar el martillo por encima de su cabeza, al contrario de cuando la contemplaba.

En alguna ocasión cuando podía, Maira contaba anécdotas al goureño para hacerle el trabajo más llevadero y, en definitiva,

² Lenguaje propio de las entidades oscuras.

siempre había algo que relatar y otro tanto que escuchar. Los encargos en la herrería de Solmentor eran muy rigurosos, y había días en que Bredamor llegaba a casa y no llenaba su estómago de nada que lo satisficiera. Tan solo el dormir sustituía al más succulento alimento. Con el tiempo, Solmentor no dudó en presentarle a su hija de manera más formal, pero no hacía falta ningún tipo de introducciones, ya que los dos se habían visto paulatinamente. Solmentor se encontraba orgulloso de la atención que Bredamor dispensaba a la herrería, por lo que en más de un día le permitía descansos y también lo gratificaba con nuevos aprendizajes y destrezas. Dadas las circunstancias, Bredamor se sentía lleno de una fuerza jamás conocida; al parecer, una etapa nueva emergía en el interior del gou bureño.

Solmentor era un personaje muy ilustre en Gou Bur y respetadísimo por bastantes aldeanos. Le gustaba enterarse muy bien de los asuntos del palacio y compartirlos con Bredamor, que también entendía un poco. En sus primeros años como herrero, estuvo trabajando en el poblado de Lazuli, cerca de los bosques de Zod. El topónimo venía dado por el lapislázuli, abundante en las canteras cercanas y en la espalda de las Montañas Picadas. Allí Solmentor dedicó doce años de su vida al aprendizaje y aplicación de las propiedades de algunos minerales, como el lapislázuli, antracita o turmalina, a sus armas a modo de ornamentación. Al regreso, tras recabar cuantiosa información, decidió abrir la herrería en Gou Bur junto a la colaboración de su mujer.

Aunque al principio Bredamor trató de evitar las insistentes curiosidades de Solmentor acerca de su entrenamiento y vida en el castillo, de manera progresiva, el interés fue en aumento; casi sin atisbo de vergüenza, las preguntas se volvieron más insistentes y hasta cierto punto impertinentes. Pero Bredamor, salvaguardando las distancias, siempre respetó la actitud de Solmentor, aunque en alguna ocasión le hubiera gustado quedarse mudo. En realidad, Solmentor tenía la fortuna de

poder contar en su negocio con la ejemplar presencia de un héroe (al menos para una mayoría).

—¿Te has enterado de la noticia del rey Thorvald? —preguntó Solmentor.

El goureño quería zanjar el asunto y no pretendía volver a hablar del rey ni de nada relacionado con el castillo.

—No he oído nada del castillo desde hace días —respondió Bredamor—, creía que todo marchaba bien.

Solmentor había captado rumores en los últimos días, así que, sin dudarle, siguió con su particular interrogatorio.

—¿Bien? *Amalaya* fueran las cosas bien, pero no. Según tengo entendido, la Región a Gobernar está reforzando sus defensas, porque teme un ataque enemigo cerca de nosotros.

La cara de Bredamor cambió radicalmente. ¿Podría ser cierto que la derrota de los sharkus alimentaba una tenaz sed de venganza por parte de Eceron?

—Pero... yo creía que las cosas se habían aplacado, que no corríamos peligro. ¿Siempre estaremos así?, ¿de nada sirve el esfuerzo de unos con el fin de garantizar la paz para el resto? —respondió un Bredamor un tanto malhumorado.

No pensaba que pudiera suceder nada; no obstante, en una súbita reminiscencia, recordó que la misión de conseguir el Aliento de Kaothee representaba solamente una mínima parte en una tarea global y existía la posibilidad de tomar otros caminos.

—Hijo, no debes alborotarte; pero lo que hiciste y demostraste a todo Gou Bur no nos salvará en un futuro de arder bajo la guarnición del Elfo de la Oscuridad —auguró Solmentor. Con ese comentario avivó el enfado de Bredamor, pero no por ello quiso desatarse y arremeter contra su regente. Intranquilo y tratando de guardar la calma, le indicó de buena forma:

—No deseo seguir escuchando nada así. No sé por qué, pero llego a enfadarme conmigo mismo...

Solmentor intentó rebajar la tensión. En absoluto menospreciaba la hazaña del goureño, él era de la opinión de que Bredamor debería proseguir con su misión de caballero para aplacar en un futuro a Eceron.

—No deberíamos pensar y dar por hecho la posibilidad de que Eceron nos pueda someter en un futuro, sería demasiado pesimista. Pero, personalmente, creo que Gou Bur es una ciudad pacífica y siempre ha vivido en la tranquilidad, ojalá se pueda mantener así por mucho tiempo. A lo mejor me estoy equivocando y algún día tenga que rectificar. Pero no deberíamos dar la espalda tan fácilmente a la esperanza —argumentó Bredamor.

Solmentor creía en las ordenanzas de Thorvald y pondría la mano en el fuego por él.

—A pesar de la temprana edad de Thorvald, sabrá muy bien administrar sus funciones de rey y gestionar ejércitos en una situación desesperada —comentó Solmentor—. ¿No recuerdas cómo comenzó Sandor? Él tomó el control de su reino siendo niño, así que, si Dhar informa de posibles enfrentamientos, deberemos confiar en nuestro rey.

No en aquel instante, pero a Bredamor se le habían presentado multitud de ocasiones en las que podría haber discrepado. Sin embargo, no le interesaba; sabía que una postura contraria desembocaría en su despido.

—Thorvald, sí —afirmó Bredamor con muy poca intensidad—. Es muy benevolente, ¿y por qué no?, un buen rey.

Para bien o para mal, tener una espada mágica y de conseguir costoso hacía pensar a Bredamor que el riesgo sofocado en el este no había significado nada. Un asunto, como decían en la ciudad costera, de gran relevancia, pero de poco provecho. En definitiva, se habían enfrentado a riesgos innecesarios y, con esa mezcla espantosa en la cabeza, llegaban las conclusiones, que eran de todo menos apaciguadoras. Mantenerse ajeno del castillo de Dhar durante un tiempo podría haber resultado una equivocación para Bredamor, pero, con el

pensamiento firme y tratando de mostrarse cabal en sus conclusiones, procuró que las palabras de Solmentor no lo afectaran en absoluto. No todo debía girar en torno a la región de Thorvald y sus tramas. Bredamor tuvo la certeza de que, con la incursión a las tierras de los sharkus, se había ganado un merecido descanso por parte de los enemigos, pero su frenesí inicial dio paso a un abatimiento inesperado. Cuando Solmentor acabó su turno, el gou bureño siguió agitando fuerte el fuelle para avivar las brasas, mientras recordaba en súbitas evocaciones su corto, pero intenso entrenamiento en el castillo.

«¿Qué ha cambiado en Gou Bur desde mi llegada? ¿Qué debe cambiar para que yo lo perciba? ¿Qué no hice para que surjan nuevas amenazas?», se preguntó Bredamor de manera sofocada.

Una conciencia un tanto atormentada, ¿pero era necesario tanto resquemor? ¿Acaso Bredamor no sabía pasar página? Su naturaleza se mostraba enrevesada y a veces difícil de explicar; ¿dónde ajustar sus definiciones?, ¿de dónde extraerlas? Estaba convirtiendo su futuro en un espejo del pasado, y eso lo podría encaminar a serias consecuencias. Ese niño se mantuvo ligado a unas raíces, pero con la tremenda necesidad de concebir un éxito perpetuo en toda acción, ya fuera por honor o terquedad. Allí se encontraba con sus resentimientos, sus manías y penas. Afrontaba una etapa inquieta y turbia en su vida. Sin darse cuenta de nada alrededor de él, una afiladísima espada se posó en el fuego del horno. Los brazos de Bredamor la elevaron y comentó una ocurrencia no menos curiosa:

—¡Las espadas y yo estamos hechos del mismo material! Con el tiempo nos blandimos, aunque a veces nos encorvemos, pues no queda otra que enderezarse o quebrar, ya sea hasta lo inconcebible. Maldito hierro, pena del que se oxida y no reluce más.

Maira se hallaba en la trastienda, poniendo al día las finanzas del negocio. Creía que Bredamor ya había marchado y no se había percatado de nada más. Al oír unas voces en el